Juicios de la prensa acerca de la ópera "Artzai Mutilla"

La Nación de Buenos Aires:

Noche por extremo placentera fué la que el estreno de la ópera vascongada «Artzai Mutilla» proporcionó á la apiñada concurrencia que afluyó al teatro Victoria ávida de saborear aquel espectáculo nuevo, original, curioso, interesante y en alto grado simpático.

Y ya hemos dado con su calificativo más precioso, porque en efecto, si hubiera que caracterizar con una sola las varias impresiones producidas por semejante espectáculo, bastaría decir que todas se resolvían, en la de una simpatía franca, viva y unánime.

Simpático por de pronto, y en grado sumo, era el nobilisimo pueblo presentado auténticamente en la escena, con sus sentimientos puros y leales y sus costumbres sencillas y pintorescas; simpático el asunto y la forma de la obra de don Pedro María Otaño, precioso poemita que contiene un tesoro de sentimiento y de bellezas de expresión, doblemente asombrosa no procediendo de un amaestrado literato sino de un simple herrador de caballos;...

Simpático por sus ejecutantes, meros aficionados también como el inspirado libretista, que suplieron perfectamente su inexperiencia artística, con su instinto, su buen gusto, y sobre todo, con la sinceridad de los sentimientos que expresaban como suyos propios, y simpático, finalmente, por la música por demás acertada que para tal libro ha compuesto el maestro F. Ortíz y San Pelayo, acomodándola perfectamente al caracteridílico del asunto, reflejando en todo su interesante sencillez,

interprentando su poesía, siguiendo paso á paso sin afectación, sin ampulosidad, sin estrépito teatral el curso de la acción; manteniéndose, en fin, dentro del marco de ella sin desnaturalizarla ni un momento y perfumándola con un ambiente de ingenuidad y de pureza enteramente vascongadas y por lo tanto, en extremo simpáticas como hemos dicho.

Una orquestación cuidada, pero exenta de toda jactancia modernista, escolta discretamente y con dulce sonoridad á las voces, sin ahogarlas nunca, dejándolas más bien algo en descubierto para que suenen las palabras y brille la expresión.

Melodías bien trazadas y bastante sentidas no pocas, interpretan con cariño los pasajes de sentimiento.....»

Alterna bien con estos actos extremos el segundo que viene á dar la nota colectiva con su alegre romería, su famoso baile arresku, que fué aplaudidísimo; sus zortzicos y su himno final, que hubo de repetir el tenor Labadens, y en que los coros brillaron no menos que habían brillado en el acto anterior las voces individuales ó á solo.

Con mucha justicia fueron llamados los autores á recibir los ardientes aplausos del complacido público.

Pero repetimos que la mayor originalidad de la música reside en los actos primero y tercero, en los que sólo transitoriamente resuenan algunos aires populares, bien enlazados con el resto, y no asoman reminiscencias, salvo la de algún «eigro fedel» puesto en boca del tenor.

Las primeras partes cumplieron, no como simples aficionados sino á menudo como artistas, para lo que les auxiliaban, las condiciones de sus voces.

La señorita Isasi cantó con ingenuidad y buen timbre la parte de Marichu; el barítono don Francisco Argote la de Pachiku, en que se hizo aplaudir mucho y la señora de Mirabel la de Josepa, madre de la zagala; don Luis Labadens la de Iñazio, con bonita voz de tenor y pronunciación clarísima, y don Matías Echeverría, la de Peru, padre de Pachiko, con bella y homogénea voz de barítono que recuerda algo la de Segi Barba.

Para todos y para los autores hubo al final otra ovación, previa repetición del zortzico último, robusto, y.., simpático también, coma todo el resto.»

La Prensa

Loable ha sido el esfuerzo hecho por el compositor Ortíz de San

Pelayo para despertar en el ánimo de sus compatriotas vascos residentes entre nosotros, el recuerdo querido de la tierra lejana, por medio de su ópera «Artzai Mutilla», estrenada con franco éxito en el teatro de la Victoria.

La iniciativa ha sido feliz, porque en ninguna parte como en henos Aires, podría apreciarse mis la magnitud del esfuerzo y el verdadero mérito de la obra.

Aquellas costumbres de la montaña pirenáica son conocidas y queridas aquí, porque la sangre vasca, alimenta á muchas arterias importantes de nuestro organismo social, y la raza, como ninguna otra tiene la virtud de hacer perdurar los recuerdos y los cariños de generación en generación, sin que en sus vástagos se extinga la sinceridad de carácter, la fortaleza de nervio, ó la noble sencillez de sus costumbres.

No obstante esto, la iniciativa tenía el gran atractivo de la originalidad; jamás habíamos oído el vascuence sobre el palco escénico, y nuestro público verdaderamente entendido en la línea de diversos países y escuelas, tenía curiosidad de ver el efecto que produciría una composición lírica, no ya de proporciones limitadas á coros ó partes sueltas, sino de más vuelos como para merecer el calificativo de ópera, y expresada en un idioma á que no están avezados nuestros oídos.

La prueba de la función fué lisonjera, tanto para el autor de la música como para el del libreto.

El señor Ortíz aún rindiendo culto á la tendencia irresistible que Wagner ha impreso á la música moderna, no se entrega á ella en cuerpo y alma sino que le concede parte y no pequeña; en todos aquellos pasajes donde reinan el idealismo. el recuerdo amoroso por la amada del protagonista—el pastor Panchiko (Francisco),—los ecos del amor patrio despertado por la probable pérdida de los fueros, y los sabios consejos del anciano Peru, cuando exhorta á sus compatriotas para no dejarse llevar por ideas aventuradas.

Pero tan pronto como por un motivo ú otro brota el sentimiento íntimo del terruño, la música de San Pelayo se acomoda á él en la expresión de los tiernos cantos populares de Euskaria y con ligeras modificaciones en su totalidad y en su acompañamiento orquestal, los embellece y pone de relieve.»